Exorcismo Final

Exorcismo Final

Yovana Martínez



Yovana Martínez Milián (Ciudad Habana, 1970)

Licenciada en Dirección de los Medios de Comunicación en la Facultad de Comunicación del ISA, La Habana.

Ha sido productora de televisión y guionista por más de 20 años.

Uno de los cuentos de este volumen, “Fotografía de encuentro”, fue finalista de la I Edición del Concurso de Narrativa Erótica “Los Cuerpos del Deseo”, e incluido en la Antología de Narrativa Erótica “Los Cuerpos del Deseo” (Neo Club Ediciones y Alexandria Library, 2012).

Exorcismo Final es su primer volumen de relatos eróticos.

Actualmente vive en Florida, EE.UU.

© Yovana Martínez, 2015

© Fotografía de cubierta: Judith G. Tur, 2015

© CAAW Ediciones, 2015

© Diseño de portada: Arnaldo Simón

© Fotografía de autor: Jorge Álvarez

2da Edición revisada y corregida, 2015

ISBN: 978-0-9962047-0-5

LCCN: 2015907985

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Para información escriba a caawincmiami@gmail.com

*A Carola y mi Padre*

*por el amor incondicional*

El milagro del amor consiste en la variedad de motivos y teclas con que puede desarrollarse… […] una mujer que no ha conocido sino a un solo hombre es como una persona que solo hubiera oído a un compositor.

*Isadora Duncan*

*Mis manos son de cristal*

*y crujen al primer susto puedo verte*

*desnudo*

*a través de mis dedos como una lente de telescopio*

*simplemente verte*

La sorpresa

A N., mi más sincero perdón

Hoy es noche de música en la recreación. Casi todos están regados por el Pasillo Central y la Plataforma. En grupos, parejas, bailando. Algunos aprovechan la oscuridad del Área de Formación para sentarse en los bancos de piedra a apretar con sus parejas. ¡Pura calentura! Los más atrevidos aprovechan la confusión de los bailadores para jugar cabeza a los profesores de guardia y colarse con sus novias en alguna aula mal cerrada, algún baño vacío del Docente, o quedarse en la oscuridad del Pasillo Aéreo.

Yo estoy terminando de arreglarme. Hoy vino mi novio a verme. Me puse el uniforme del pase que está limpio y planchado, lustré los zapatos, me perfumé y entalqué en sobredosis. Mi novio estudia en primer año de una escuela militar. Es muy amigo del Director y de algunos profesores, y se conoce esta escuela de memoria porque estudió aquí hace algunos años. Según me cuentan, en aquella época era el preferido del Director y uno de los estudiantes más populares. Cuando sus amigos profesores están de guardia, él viene a visitarme. Es el primer novio «grande» que tengo. Los demás más o menos de mi edad, se esfumaron cansados de insistirme para que fuera con ellos más allá de la apretadera, pero yo siempre me he negado obstinadamente. Realmente el «asunto sexual» no me interesa mucho y no entiendo por qué siempre hay que hablar de lo mismo. No es que no sepa, pero no me interesa. Mis amigas no me creen. Tampoco creen que solo haya apretado con mi novio grande, así que tuve que inventarme dos o tres historias demasiado calientes para saciar su curiosidad exigente de detalles. Creo que una de ellas se fue de lengua con mi novio grande y ahora él cree que yo he hecho el asunto, cree que soy una experimentada.

La otra noche, por ejemplo, me metió la mano debajo de la saya cuando estábamos apretando y de pronto ya la tenía dentro del blúmer. Me empezó a meter un dedo ahí y yo me paralicé del susto. De tanto apretar tenía «eso» mojado, y mi novio metía y metía el dedo. Yo no sabía qué hacer. Me dio mareo y empecé a sudar. Por suerte sonó el timbre avisando que se acabó la recreación y me levanté de un salto. Me arreglé la saya y le pedí que me acompañara hasta el albergue. A él creo que no le gustó mi reacción, pero yo no lo hacía a propósito. Es que a la hora de la verdad, siempre el miedo me paraliza.

Otra noche me pidió que lo acompañara a la Cátedra de Física a buscar no sé qué le había pedido el profesor, que es su amigo. La Cátedra estaba al final del pasillo del segundo piso del Docente. Todo estaba oscuro. El abrió la puerta con la llave del profesor. Me hizo pasar a mí primero y cuando él entró cerró la puerta, pero no encendió la luz. De pronto me estaba abrazando, besando y toqueteándome toda. Llenándome de saliva por todos lados. Respiraba fuerte. Hacía unos sonidos raros como los de un animal. Me agarró una mano y la llevó hasta la portañuela de su pantalón. Me asusté cuando sentí que tenía la portañuela abierta y la pinga afuera. La pinga la tenía durísima, parada. Me agarraba la mano fuerte, apretándola contra su pinga. Me apretaba tan duro que me dolía, pero yo estaba tan asustada que no podía moverme. Empezó a menear fuerte con su mano mi mano contra su pinga. Cada vez más fuerte. Cada vez más fuerte. Respiraba como si le faltara el aire. Hacía unos ruidos raros como un animal salvaje. Y su cuerpo se movía como si tuviera un ataque epiléptico. Movía cada vez más fuerte su mano con mi mano apretada contra su pinga hasta que soltó un grito salvaje y sentí que su pinga se estremecía. Un líquido pegajoso me mojó la mano. Adiviné que era el semen, «la leche», le decían. Mi novio se quedó quieto, fue recuperando la respiración y yo sentía como su pinga se encogía en mi mano. Me llené de valor y saqué mi mano de allá abajo, pero no sabía dónde ponerla porque estaba embarrada de la leche. Mi novio reaccionó y en la oscuridad limpió con un pañuelo mi mano y se limpió la pinga. Se cerró la portañuela y me abrazó cansado besándome en la boca. Me dijo al oído que nos íbamos y salimos igual que como entramos. Cuando íbamos por el pasillo me di cuenta que no recogió lo que fue a buscar para el profesor de Física, pero no le dije nada porque temía que si regresáramos, volviera a hacer lo mismo que hizo. Por suerte él tampoco se dio cuenta de su olvido y salimos del Docente como si nada hubiera pasado.

Hoy regresó a verme porque están de guardia los profesores que son sus amigos. Cuando lo vi en el comedor hablando con el Director, vi en sus ojos ese brillo raro que tenía aquella noche de la Cátedra de Física. Fue sonriente a mi mesa, me dio un beso de piquito y me dijo al oído: «Te veo más tarde que tengo una sorpresa». Y volvió a besarme en la boca. Mis amigas empezaron a reírse con malicia, haciéndose señitas entre ellas y dándose golpes por debajo de la mesa mientras me miraban. Así que aquí estoy, con mi uniforme del pase limpio y planchado, perfumada, entalcada y camino a verlo al Pasillo Central para ver cuál es la sorpresa.

Allí está conversando con el Profesor de PMI y con el Enfermero. Cuando me ve llegar sonríe y vuelven a brillarle los ojos de aquella manera rara. El Enfermero le hace una seña y le pasa una llave. Mi novio me agarra de la mano y me pide que lo acompañe. El Enfermero y el Profesor de PMI ríen comentando bajito entre ellos mientras nos miran alejarnos. Mi novio me lleva al Pasillo Aéreo, seguimos caminando en la oscuridad hasta el cuarto donde el Enfermero se queda a dormir las noches que está de guardia. Mi novio abre la puerta del cuarto y entramos. Nunca antes yo había entrado allí. Contra una de las paredes hay una litera que solo tiene vestido el colchón de abajo con una sábana impecablemente limpia. Hay una especie de taquilla grande que parece un escaparate, cerrada con un candado enorme. Una silla del comedor y una mesa. Mi novio enciende una lámpara que hay en el piso junto a la litera. Lo miro todo, pero no veo la sorpresa que me prometió. Ni siquiera imagino qué sorpresa pueda darme allí.

Se acuesta en la litera de abajo y me pide que me acueste junto a él. Tengo miedo, y como siempre, el miedo me paraliza. Debo tener mis ojos enormes de vaca abiertos a todo lo que dan por el miedo, porque me arden. Mi novio se ríe y se para dándome la mano. Me lleva a la cama y me sienta junto a él. Comienza a besarme, a llenarme de saliva como siempre, metiéndome la lengua por dentro de la boca, chupándome los labios y abrazándome. Yo sigo pensando cual será la sorpresa. Me desabotona la blusa y mete las manos hasta la espalda intentando zafarme el ajustador. Después de intentarlo varias veces, resignado me saca las tetas del ajustador, dejándomelo puesto y abrochado. Me besa y muerde las tetas llenándomelas de saliva y yo no sé qué hacer. Me tumba de espaldas sobre la cama y sigue manoseándome las tetas. Yo sigo sin saber qué hacer. Miro el techo de la litera, miro cada objeto a mi alrededor y me molesta que antes de darme la dichosa sorpresa haga esto.

Me asusta la mano de mi novio desabotonándome la saya para meter la mano en mi blúmer. Intenta otra vez meterme el dedo como aquella vez y vuelvo a descubrir que estoy mojada. Siento una picazón rara allá abajo, como una cosquilla irresistible, y pienso que si mi novio moviera el dedo allá dentro, como si me rascara, quizás se me quitara aquella picazón. Pero mi novio saca el dedo para abrirse la portañuela y se baja el pantalón junto con el calzoncillo hasta las rodillas. Veo cómo su pinga dura mete un brinco y se queda parada un poco virada hacia la derecha. Mi novio me mueve el blúmer apartándolo para un lado, dejándome aquello al descubierto. Se escupe una mano y se frota con esa mano la pinga. Se pone sobre mí y sin darme cuenta me mete la pinga. Doy un grito de dolor, pero él me tapa la boca, mientras se esfuerza por seguir metiéndome la pinga dura. Siento como si estuviera metiéndome un edificio a empujones por ahí para adentro. Me duele, me arde. Con el movimiento siento que el elástico del blúmer me está haciendo daño. Me roza demasiado. Me ahogo con su mano apretando mi boca. Tengo miedo, me duele y no puedo moverme. Estoy paralizada.

Él tiene los ojos cerrados, suda y mete a empujones esa pinga dura que siento es inmensamente enorme. De pronto hace como la otra noche. Se pone rígido, convulsiona como si tuviera un ataque epiléptico y de adentro de la garganta le sale un ruido raro como de un animal salvaje. Se queda quieto. Tiene la frente muy sudada, los ojos cerrados y siento que va aflojando todo su cuerpo. Se va aflojando hasta que cae sobre mí, desvanecido. No sé qué hacer, ni siquiera sé si ahora puedo preguntarle por la sorpresa.

Solo tengo ganas de llorar de dolor. Me duele todo y su cuerpo flojo sobre el mío me aplasta, me ahoga. No sé qué hacer, tengo miedo y ganas de llorar. Suena el timbre avisando que se acabó la Recreación y reacciono. De un empujón me lo saco de encima. Me paro y temblando me arreglo el ajustador, la blusa, el blúmer, la saya. Me abotono nerviosa. Me duele todo y me siento pegajosa, mojada, sucia. Tengo ganas de llorar. Él también reacciona y se para con los pantalones y el calzoncillo por los tobillos. El pulóver estrujado, la pinga encogida y mojada. Se limpia con una mano y se la mira sorprendido. «¡Mira, tengo sangre!», me dice asustado, y asombrado. Me mira. «¿Tú tienes la menstruación?». Yo niego asustada con la cabeza. Me mira asombrado. «¡Tú no me vayas a decir que es tu primera vez!».

Me duele todo y siento que voy a echarme a llorar sin control. Él intenta abrazarme, pero lo empujo. Salgo tropezando en la oscuridad. Corro por los pasillos, las escaleras, hasta mi albergue. Hasta el baño donde me encierro en uno de los inodoros. Lloro. Me duele todo. Despacio meto la mano allá abajo y lloro porque me duele todo. Me arde. Me duele. Saco la mano y la tengo llena de sangre y leche. Me duele todo y lloro. Lloro sin control mirándome la mano llena de sangre y leche. Lloro. El sexo definitivamente es una mierda. Lloro. Lloro sin control. ¡Es una mierda!

Obstinación de ostra

A E., mi primer novio de verdad

No sé por qué te busco, pero te busco. Tampoco sé qué pasará el día que te encuentre. Pero cuando el ocio me sorprende, te busco. Te busco y te busco sin éxito. No sé por qué te busco, pero te busco. ¿Qué edad teníamos? Éramos adolescentes, aunque el Internado en el campo nos hizo madurar a todos demasiado aprisa, nos aniquiló la inocencia experimentando con cigarros, mariguana y sexo. Y justo en medio de aquella locura adolescente te tuve a ti. O me tuviste a mí, ya ni sé. Y después de tenerte y perderte, solo sé que te busco, cuando ni siquiera te imagino en mis fantasías sexuales. Pero te busco.

A pesar de mis malas experiencias sexuales, yo seguía insistiendo en tener novio. Un novio para ir de la mano delante de todos, para tener escalofríos en la barriga mientras lo espero, para escucharlo decir que estaba loco por mí y que no podía vivir sin mí. Seguía insistiendo en tener un novio, pero un novio romántico más que carnal. Y quizás ese romanticismo ingenuo que todavía me acompaña en secreto cuando nadie me ve, me condujo hasta ti. Eras dos grados mayor que yo y muchas suspiraban por tu piel mulata, tus ojos claros, tu sabrosura al bailar, tu risa contagiosa. Pero eras un romántico, de esos que cantan José José a toda hora, regalan flores y dicen piropos tiernos mirándote a los ojos. Eras un romántico y me encantaba.

No recuerdo como llegaste ni como llegué a ti, pero ahí estábamos los dos sonrientes, solos en un banco del patio de la escuela, pegados en la oscuridad, besándonos. Yo era poco entusiasta de esos momentos sexuales que disparaban los sentidos adolescentes, pero tú llevabas el desespero en las manos después de romper una relación con una muchacha mayor que te enseñó todo lo enseñable. Llevabas el desespero en las manos y yo quería ir despacio, demasiado despacio para tu gusto.

Del banco del patio de la escuela pasamos al Pasillo Aéreo, del Pasillo Aéreo subimos a un pasillo del Docente, y un buen día encontramos un aula oscura y abierta. Un aula, serpiente del Edén, que nos invitaba a restregarnos uno contra el otro en la oscuridad, con el desespero que llevabas en tus manos. La blusa desordenada, la saya a punto de caer y tu desespero riéndose en mi cara de puro nerviosismo. Ese desorden que los adolescentes mantienen a punto del orden inmediato si son atrapados por un adulto.